

Año XIII
Edición en Español
10 de Enero de 2004

el Semanario

Publicación
gratuita

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

de Berazategui

Número 556

TERCER MILENIO

Editado

por: **FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA** Asociación de Laicos Católicos
Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

Los aspectos menos populares de la vida de Jesús, especialmente sus primeros años de vida, nos pueden suministrar material de meditación tan profunda como los mismos Evangelios. Gracias a la generosa contribución de un lector del Semanario, les presentamos algunos de estos hechos guardados por la Tradición que son un verdadero tesoro de espiritualidad, extraídos del libro **"Vida del glorioso patriarca San José"**, editado por la Asociación Espiritual de devotos de San José, Barcelona.

José, marchando primero, como la sombra del Padre Eterno, llevaba una corta provisión de trigo que él debía moler para el alimento de la santa Familia en el camino del destierro. Así era como los Patriarcas de los primeros tiempos cruzaban las llanuras de la Idumea; las piedras de esas soledades les servían a la vez de molino para pulverizar el trigo y de almohada para reclinar su cabeza. María seguía a José cabalgando en una mansa mula y llevaba en sus brazos al Rey del Cielo, que huía como un bandido para evitar los furores de un cruel tirano, de un vil y miserable gusano de la tierra (Herodes).

José tomó el camino de Gaza, ciudad distante de Jerusalén unas veinte leguas, y situada bastante cerca del mar en la línea más recta de la Palestina, en Egipto. Necesitaron muchos días para salvar esta distancia, pero al menos hallaron dónde hospedarse, porque el país estaba bastante poblado. Desconocido en esta ciudad, que por otra parte no se hallaba sujeta a la dominación de Herodes, José dio a su familia dos días de descanso.

Un sirviente de santa Isabel -prima de la Virgen María- fue a encontrarlos allí, y les trajo algunas provisiones para el viaje. Mucha falta les hacían porque, al salir de Gaza, iban a entrar en el desierto de Bersabé, y aún tenían que andar más de ochenta

leguas a través de regiones áridas e inhabitadas, y en la estación más rigurosa del año. Apenas los santos esposos y el divino Niño habían cruzado las mon-

tañas que los separaban del desierto, cuando de repente lamentaciones y gemidos repetidos por los ecos llegaron a sus oídos. Eran los gritos desgarradores de las madres de los santos inocentes, degollados en sus regazos, lo que llenó el corazón de María y de José de una inmensa tristeza. La Santa Madre estrechó más fuertemente en-



tre sus brazos a su divino Hijo, y José hizo voto de hacerle un escudo con su cuerpo.

UN MAR DE ARENA.

Al fin penetraron en aquel inmenso mar de arena que tenían delante de sus ojos, y se hallaban casi sin víveres, poco menos que agotadas las provisiones que les había enviado santa Isabel. ¿Qué iba a ser de ellos en medio de aquellos áridos desiertos? Y ¿cómo apagarían su sed abrasadora en aquellos ardientes arenales, sin llevar reservas de agua?

La bienaventurada Verónica de Binasco, de la Orden de san Agustín, tuvo una visión, en la que acompañaba a la sagrada Familia en su viaje a Egipto, y que la santa Virgen le decía: "Tú has visto los trabajos, las penas y los peligros que hemos sufrido antes

de llegar a Egipto. Aprende de esto que las gracias no se conceden sino a los sufrimientos llevados con paciencia”.

El ángel del Señor les había anunciado un gran peligro, pero no les había dicho la manera de evitarlo. La distancia de Jerusalen a Egipto era por sí sola un peligro; porque ¿cómo atravesar el desierto con sus olas de arena, sin otra cabalgadura que una débil mula? Además, los árabes que, como bandadas de buitres, se lanzaban sobre las caravanas armadas que podían resistirles, ¿no les amenazaban también con sus largas lanzas y sus corvos puñales a ellos, pobres indefensos y abandonados viajeros, que no podían presentar contra esas armas ninguna defensa más que lágrimas y súplicas?

Siendo ya de día María y José, temerosos de que la luz del sol les entregara a sus enemigos, se ocultaron en un bosquecillo de palmeras de la tribu de Zabulón, cuya solitaria y abundante sombra les ofrecía un abrigo. José, después de dejar descansando junto a una palmera al Niño Jesús y su divina Madre, se dispuso a hacer los preparativos de la pobre comida. Ocupado en este dulce trabajo se hallaba cuando, de repente, se paralizaron sus brazos y se quedó inmóvil con el oído atento. “¿Has oído, María?” preguntó a la Virgen. La joven nazarena escuchó un momento. Sus sonrosadas mejillas palidieron e instantáneamente apretó a su Hijo contra el corazón. “Oigo, dijo, como ruido de armas y pisadas de caballos al extremo opuesto de este valle”.

Efectivamente, se oían pisadas de caballos que por momentos y precipitadamente se iban aproximando al bosquecillo. Un instante después los cascos romanos y las lanzas tracias de los jinetes brillaban heridos por los rayos del sol. María tuvo miedo y dirigiendo sus negros ojos al cielo, exclamó con dolorido acento: “¡Oh, dulce palmera, que elevas tu copa hacia las nubes! ¡Tú que te hallas más próxima a Dios que esta pobre Madre, dile que no abandone a su inocente Hijo!” Al momento, el árbol inclinó hacia la tierra sus largas y puntiagudas ramas, formando una bóveda que cubrió a la santa Familia. Los soldados de Herodes pasaron junto a la palmera protectora, sin ver a los que tenía ocultos con el espeso velo de sus hojas. Conforme iban alejándose los perseguidores, las caídas hojas de la palmera iban retomando su posición natural. Entonces pudo verse a la santa Familia reclinada sobre el calloso tronco del árbol protector, durmiendo con el sueño tranquilo y dulce de los justos (Tradiciones de Oriente).

Los santos viajeros continuaron su camino a la caída de la tarde. Estaban próximos a entrar en la vasta llanura de la Siria, donde esperaban hallarse libres de los lazos de su cruel perseguidor cuando, de repente, se presentaron unos hombres armados para estorbarles el paso: era una horda de bandidos que devastaban el país, cuya terrible fama voló hasta bien lejos. José y María se pararon, invocando al

Señor en silencio, porque toda resistencia era inútil. El que parecía jefe de esta tropa de malhechores se adelantó del grupo hostil para reconocer a los viajeros. El salteador, que buscaba sangre u oro, lanzó una mirada de asombro sobre aquel hombre sin armas, muy parecido a un patriarca de los antiguos tiempos y sobre aquella mujer, cubierta con un velo, que ocultaba a su pequeño hijo entre los pliegues de su manto. “Ellos son pobres”, se dijo el bandido para sí después de detener su mirada algunos segundos sobre el interesante grupo que tenía ante los ojos... “y viajan de noche como unos fugitivos”...

Tal vez aquel bandido tenía un hijo en la cuna; tal vez la atmósfera de dulzura y misericordia que rodeaba a José y María trabajó sobre aquella alma feroz; porque el terrible salteador bajó la punta de su arma y, tendiendo una mano amiga a José, le ofreció hospedaje para la noche en su fortaleza, suspendida en el ángulo de una roca como el nido de un ave de rapiña. Este ofrecimiento, hecho con franqueza, fue aceptado con una ciega confianza y el techo del bandido fue para la santa Familia en esta ocasión hospitalario como la tienda del árabe.

A la mañana del día siguiente, los tres divinos Personajes abandonaron la morada de los bandoleros. El hijo del capitán (otros autores dicen que era el capitán mismo) de esta banda de foragidos, según la tradición, se llamaba Dimas, que dirigiendo la vista por donde se habían marchado sus misteriosos huéspedes, exclamó con fervoroso acento: “¡Oh tú, el más hermoso y agraciado de todos los niños, si llega un día, en otro tiempo, en que sea preciso tengas misericordia, acuérdate de mí entonces, y no te olvides de esta ocasión”. Treinta y dos años después, Cristo, sobre el Calvario, recompensaba con estas palabras la caridad hospitalaria del Buen Ladrón: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

El débil resplandor del atardecer asomaba tímidamente por la puerta, como si entrara pidiendo permiso, y su rosado acariciaba el rostro de la anciana, queriendo pintar con el color de los años de juventud

sobre su pálida vejez. La quietud la acompañaba y el silencio guardaba secretamente las tiernas lágrimas



El traje de Gala

mas que escapaban de sus ojos. El desgastado rosario sentía pasar sus cuentas por entre los dedos de esas temblorosas manos que tiempo atrás tejían los escarpines de su primer nieto, y que ahora hilaban el traje de gala con el que sólo se puede entrar en el Cielo.

Esa verde pradera que acompañaba su soledad, tiempo atrás había visto de qué manera se alegraba la casa con la llegada de los niños, cuando los primeros pasos eran acompañados de gran felicidad y cariñosos abrazos; esos ojos que nunca antes contemplaron la ausencia de los seres más queridos ahora dejaban escapar en sus lágrimas la inmensa tristeza que brotaba de su corazón. Sólo una firme esperanza robaba a sus labios una pequeña sonrisa: la eterna felicidad que llenaría su corazón al reencontrarse con su amada familia en el Paraíso.

El sonido de unos pequeños pasos infantiles llamó la atención de la buena señora: alguien se acercaba a ella. ¿Quién podría ser? Nadie ya se acordaba de ella, y tan sólo el viento acariciaba sus añosos cabellos con su soplido embebido en el aroma que las delicadas fresias exhalaban.

Los pasos se acercaban y, lentamente, la débil luz del atardecer dibujó frente a ella la sencilla figura de un niño que, con una expresión de alegría en el rostro, se acercaba con total naturalidad. Por vez primera, luego de tantos años, no sentía la melancolía de la soledad, que se disipaba de su ser al sentir que sus manos eran estrechadas por la tierna compañía inesperada.

Sus azules ojos, claros como el mar, conmovieron su alma toda, inundándola de paz espiritual.

El sol dejó de esconderse y se detuvo, con su mitad de fuego, a oír lo que los infantiles labios pronunciaban con cariño; pero fue en vano, pues ambos se unieron en un afectuoso abrazo que parecía unirlos para siempre; y mientras la deslumbrante aparición iluminaba más que el sol de la mañana, los ojos de la anciana se cerraron, colmados de paz y tranquilidad, pues aquel Santo Niño le había abierto, con las llaves de oro que sostenía donde aferraba su querido rosario, las puertas de la eterna felicidad celestial...

Crisóstomo

Martes 13 de Enero
 Los invitamos a rezar con nosotros
MIL AVEMARÍAS
 en honor a
María Rosa Mystica
 a partir de las 8:00 hs.
 de la mañana



¡Únase en cualquier momento del día!
SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO
 153 entre 27 y 28 - Berazategui
 (ver última página)

NOTA
47

KEMPIS

Imitación de Cristo

La "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.

CAPÍTULO 10 (Continuación).

10. Sin un amigo no puedes vivir feliz, y si no es Jesús tu más íntimo amigo entre todos, vivirás muy triste y desolado. Pues obras como un insensato si en otro depositas tu confianza y alegría.

11. Debes preferir tener a todo el mundo por contrario a tener a Jesús ofendido. En consecuencia, sobre todos tus amigos, sea Jesús el predilecto.

12. A todos se debe amar por Jesús, y a Jesús, por sí mismo. Únicamente a Jesucristo se debe amar con un amor singular, porque Él solo es bueno y leal más que todos los amigos.

13. Por Él y en Él tienes que amar a todos, amigos y enemigos, y rogarle por todos, para que todos lo conozcan y lo amen.

Libertad interior para ser sólo de Cristo.

14. Jamás pretendas ser particularmente elogiado y amado, porque esto es sólo propio de Dios, que no tiene semejante.

15. No pretendas ocupar el corazón de alguno con tu afecto, ni consientas que ocupe el tuyo el amor de nadie, sino que se adueñe Jesús de ti y de todo hombre bueno.

16. Sé puro y libre interiormente, sin que te absorba criatura alguna. Si quieres gustar y ver qué suave es el Señor, preciso es que estés desprendido de todas las cosas y puedas presentar a Dios un corazón sin mancha.

17. Y en verdad no lo conseguirás, si Dios no te previene e impulsa con su gracia, de modo que, excluyendo y renunciando a todas las cosas, estés unido a Él solamente.

18. Porque cuando la gracia de Dios se infunde en el hombre, entonces se agranda y todo lo puede; mas cuando la gracia se pierde, el hombre se torna pobre e incapaz y se queda abandonado a merced de todas las calamidades.

19. Mas no por eso debe descorazonarse ni perder toda esperanza, sino conformarse serenamente con la voluntad de Dios, soportando para gloria de Jesucristo cuanto pueda sobrevenirle.

20. Porque después del invierno sigue el verano, y tras la noche viene el día, y pasada la tempestad surge la calma.

Continuará

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

Visite el

“SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO

Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Pcia. de Bs. As.

Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y
de 14:00 a 16:00hs

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

58 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

Confesión (Continuación).

Una de las últimas recomendaciones que San Luis, Rey de Francia, le hizo a su hijo Felipe, fue: «*Confiéstate a menudo*». «*Es el medio más eficaz de todos y verdaderamente indispensable para conservar pura y limpia nuestra conciencia*» (San José Cafasso).

Para confesarse bien hay que hacer previamente un examen de conciencia destinado a recordar los pecados cometidos, porque «*en la pieza donde entra mucho el sol no hay telarañas escondidas*», decía Santa Teresa de Jesús; luego, dolerse de haber ofendido al Señor haciendo el propósito de no volverlos a cometer con la ayuda de Dios; y, finalmente, decirlos al sacerdote, cumpliendo luego la penitencia recibida.

Si estamos en Gracia de Dios -sin pecados mortales- el Espíritu Santo que está presente en nosotros nos ayuda a conocer nuestros pecados, a pedir perdón a Dios y a perdonarnos los unos a los otros.

Con toda confianza acudamos a los sacerdotes en la Confesión. Es a ellos a quienes dijo Jesucristo: «*lo que atáreis en la tierra será atado en el Cielo y lo que desatáreis en la tierra quedará desatado en el Cielo*» (San Mateo 18, 18). El sacerdote es juez, y para «*atar y desatar*» hay que conocer la sogá y el nudo, es decir, los pecados, y si hay o no arrepentimiento de los mismos. Pero en la Confesión, además de juez, el sacerdote es médico. ¿Cómo curaría el alma si no se conoce su enfermedad? También es maestro porque enseña, aconseja y corrige. ¿Cómo hacerlo si ignora lo que el penitente no sabe, lo que necesita o en lo que falta? Y por último, es padre misericordioso, que

busca el aprovechamiento espiritual de sus hijos penitentes a quienes da el pan de la Palabra de Dios. ¿Cómo hacerlo si desconoce qué es lo que puede asimilar?

Con toda confianza, pues, hay que decirle los pecados al sacerdote en la Confesión. Él no solamente no se los puede decir absolutamente a nadie, ni a otro sacerdote, ni al Obispo, ni al Papa, ni a un ángel del Cielo, sino que, incluso, no puede usar, ni siquiera para el bien de la Iglesia, lo que sabe de las personas a través del Sacramento de la Confesión.



Unción de los enfermos.

Jesús pensó también en los enfermos.

Ellos se sienten muy solos, deprimidos, sin ganas de luchar y tienen muchas tentaciones. Para ellos instituyó el sacramento de la Unción de los Enfermos, que les da el perdón de los pecados, el aumento de la gracia, alivio en el dolor, compañía en la soledad, fuerza en la tentación, y la salud del cuerpo si así conviene a la salvación del alma.

“*¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y recen sobre él, ungiéndolo con óleo en el nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor le hará levantarse y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados*” (Santiago 5, 14).

La familia no debe esperar el último momento, cuando el enfermo ya está moribundo, para llamar al sacerdote. Por eso ya no se prefiere llamar a este sacramento como se lo llamaba antes, con el nombre de «*Extremaunción*», para que no pensemos que se trata de un sacramento reservado a los que ya no tienen más esperanza de vivir. De ninguna manera: es para los enfermos de cierta gravedad.

Continuará